

Testimonio periodístico y cultura urbana en *La noche de Tlatelolco* de Elena Poniatowska

Juan G. Gelpí
Universidad de Puerto Rico

En la contratapa de *La noche de Tlatelolco* figura una aseveración que bien podría guiar una lectura de ese desafiante texto que armó y publicó Elena Poniatowska en 1971.

No bastaba una sola voz, por dolida y sincera que fuese, para dar el sonido, la significación, la dimensión misma de los trágicos días vividos por muchos mexicanos en octubre de 1968.¹

Ese ir más allá de una voz solitaria remite a un fenómeno de cambio literario a partir del cual se genera este texto: a la necesidad de producir un salto cualitativo a otro género; a otro

modo de representar que, sin embargo, comparte con el ensayo cultural su dimensión documental y expositiva, así como su interés en inscribir distintos aspectos de la cultura urbana de las sociedades latinoamericanas modernas. La noche de Tlatelolco es, entonces, uno de varios textos latinoamericanos en los cuales se exploran los límites y las "limitaciones" de los textos expositivos vigentes o prestigiados hasta los años sesenta. A partir de fines de los sesenta, surgen otras modalidades que perturban la hegemonía literaria del género ensayístico a la hora de representar -desde el terreno de la no ficción- las culturas y sociedades latinoamericanas.

Con anterioridad a este testimonio periodístico, los intelectuales mexicanos de nuestro siglo acuden principalmente al ensayo, y exponen en ese género sus opiniones sobre la historia, la cultura y la política, desde posiciones y a partir de sujetos textuales muy variados. Al igual que sucede en otros países latinoamericanos, la ensayística culturalista mexicana exhibe dos líneas fundamentales, según el sujeto ensayístico enfoque la representación de la cultura: la ensayística de defensa de la alta cultura (de Rodó a Octavio Paz) y aquella en la cual el sujeto propone alianzas con otros sectores sociales y culturales (Martí, Henríquez Ureña, Mariátegui, Novo). En los textos de defensa de la alta cultura el sujeto suele mostrar distintos grados de fobia por los procesos que desencadena la modernización: la presencia de las multitudes que surgen con el enorme auge poblacional a partir de las décadas del treinta y cuarenta, así como el relajamiento de las jerarquías sociales que se produce en la ciudad moderna. El dispositivo formal del ensayo culturalista registra esa fobia a la heterogeneidad social, ya que gran parte de esa ensayística se organiza a partir de una polaridad distanciadora mediante la cual se enfrentan el sujeto intelectual y una serie de alteridades que provienen de distintos sectores socio-culturales:

el pelado, el pachuco, la mujer, la clase media moderna, el obrero mexicano y el técnico, entre otros. Esa polaridad se instala en los textos, y dificulta el que haya otro tipo de contacto excepto aquél que se genera a partir de la mirada del sujeto textual. El ensayo culturalista es, también, un ejercicio de cierta mirada urbana e intelectual. Como se verá, muchos de esos elementos formales -que, a su vez, poseen un valor ideológico- habrán de transformarse en los géneros que surgirán a partir de los años sesenta, uno de los cuales es el testimonio periodístico, tal como lo practica Poniatowska.

En el caso de México, y a lo largo de los años veinte, treinta, cuarenta y cincuenta, la ensayística de defensa de la alta cultura tuvo en José Vasconcelos, Jorge Cuesta, Samuel Ramos y Octavio Paz sus representantes principales. Esa línea, a la larga, recibió el endoso de las instituciones educativas y de la crítica, convirtiéndose en parte integral de la literatura mexicana consagrada. Existe otra línea tal vez menos conocida, pero no menos valiosa, que inicia el ensayista, poeta, periodista y comentarista político Salvador Novo. Esa corriente alterna de la ensayística mexicana, que Novo inaugura con el libro *Ensayos de 1925*, entabla un contacto estrecho con el periodismo y otros medios de comunicación de masa, como, por ejemplo, la radio. En ella se entrelazan elementos de la alta cultura y aspectos de la emergente cultura moderna, tales como el cine, los deportes y la vida cotidiana de la ciudad.

El paso de un género a otro -del ensayo al testimonio periodístico, en el caso de Poniatowska- se relaciona con el surgimiento de una figura intelectual diferente: tanto lo que podría llamarse el sujeto biográfico (quien escribe y firma el texto) como el sujeto textual (la posición y representación textual) cambian considerablemente. Poniatowska, al igual que Carlos Monsiváis

y, más tarde, José Joaquín Blanco y Hermann Bellinghausen no parecen concebir la labor intelectual a partir de un alejamiento de las muchedumbres urbanas. Sin llegar a convertirla en una figura idealizada, la muchedumbre urbana pasa a ser, en varios de sus textos una presencia insistente, y, en algunos casos, constituye el sujeto múltiple a partir del cual se produce, se organiza la obra. Los testimonios periodísticos de Poniatowska, la novela testimonial y la crónica urbana -cuyo carácter híbrido se advierte en el modo en que incorporan y mezclan elementos de la historia oral, de los géneros narrativos, así como de los medios de comunicación de masa y la etnografía- suponen un desplazamiento por parte de los intelectuales: de la sala de estudio (Rodó), el aula o el "laberinto" de la alta cultura (Paz), pasan a los espacios abiertos de la ciudad y a ocuparse de representar lo que en ellos transcurre. Ya bien sea en la entrevista hecha en la calle, en la asistencia a actividades multitudinarias (concentraciones políticas o conciertos de música popular, entre otras), los sujetos textuales se acercan a los espacios abiertos de la Ciudad de México. Estos géneros recientes parecerían plantear que en las ciudades masificadas ya no son ciertos objetos (el libro o la revista cultural de élite) o el espacio del aula los únicos medios a través de los cuales se difunde el conocimiento. Al estudiar la noticia y su circulación en el mundo actual, afirma Mar de Fontcuberta: "Los medios de comunicación se han convertido en los principales impulsores de la circulación de conocimientos" (35).

Por otro lado, la entrevista como género se aparta en más de un sentido de la polaridad distanciadora a partir de la cual se organizan muchos ensayos de defensa de la alta cultura en América Latina. La entrevista periodística, que Poniatowska practica desde los inicios de su carrera en los años cincuenta, constituye un modo de contacto urbano. Esta modalidad periodística aprovecha todo el ámbito de lo cotidiano que se tiende

a mi-nusvalorar o excluir de la ensayística, así como de otras prácticas significantes de élite. Al decir de Leonor Arfuch, la entrevista se caracteriza por un funcionamiento del lenguaje que remite a formas de las cuales se tiene un conocimiento cotidiano: el diálogo y la conversación (27).² Sin embargo, esto no supone que en la entrevista periodística se produzca el tipo de intercambio que se da en los encuentros espontáneos.

[E]l periodista trabaja para un medio concreto cuyas reglas debe tener en cuenta, estructura su diálogo pensando en los lectores y no es indiferente al juicio de sus pares. Nada más alejado, entonces, de los encuentros espontáneos. (Halperín, 14)

La proximidad urbana que entraña la entrevista va acompañada, en el caso de Poniatowska y otros escritores mexicanos que se inician hacia los años sesenta, de una familiaridad -crítica e innovadora- con los medios de comunicación de masa. Todas esas textualidades suponen un encuentro y un contacto con la multitud, y son formas culturales de la ciudad masificada en Latinoamérica. A diferencia de lo que sucede en otras obras del género testimonial, en las cuales se transcribe el testimonio de una persona,³ en la modalidad periodística del testimonio que practica Poniatowska, la multiplicidad urbana que representa la muchedumbre es parte integral de la constitución del sujeto textual.

Fiel a la masificación que caracteriza muchas ciudades latinoamericanas, La noche de Tlatelolco trabaja el proceso de un sujeto colectivo de gran importancia en la historia urbana del México moderno: el Movimiento Estudiantil de 1968. Pocos textos han logrado inscribir tan eficazmente la diversidad de voces e inflexiones de una multitud urbana como este testimo-

nio en el que se destaca el auge y desarrollo del Movimiento Estudiantil, así como la represión estatal que lo silenció. Al igual que el construir el texto a partir de un sujeto plural supone un desvío frente a la práctica recurrente de la prosa expositiva del ensayo, así mismo, cuando se aborda *La noche de Tlatelolco* conviene dejar de lado algunas de las expectativas de lo que Antony Easthope (16-17) ha llamado el paradigma (formalista) de los estudios literarios, el cual postula que el texto es auto-suficiente, que todo en él debe aportar a un sentido global, y destaca en la coherencia un criterio fundamental para asignar valor. Según la estrategia de lectura de los estudios literarios, los significados son válidos si contribuyen a esa supuesta unidad o coherencia del texto.

Se puede obrar una lectura más rica de *La noche de Tlatelolco* recorriendo una trayectoria inversa a la de esta pretensión de coherencia. De hecho, hay un momento en el texto en el cual E.P. (sujeto textual de Elena Poniatowska) plantea que no es posible construir un testimonio coherente basado en hechos tan brutales e incoherentes como la matanza de Tlatelolco y la posterior represión del Movimiento Estudiantil.

La noche triste de Tlatelolco -a pesar de todas sus voces y testimonios- sigue siendo incomprensible. ...Tlatelolco es incoherente, contradictorio. Pero la muerte no lo es. Ninguna crónica nos da una visión de conjunto. (170)

La naturaleza fronteriza o híbrida de este texto invita a obrar una lectura más afín a los Estudios Culturales en la cual se pueden explorar los vínculos con el momento histórico al que se alude en el texto. La coherencia no es aquí tan pertinente como la tensa pluralidad de voces, opiniones o posiciones que caracte-

rizan tanto el Movimiento Estudiantil como a las personas que entrevistó Poniatowska en la Ciudad de México. Lo importante será no establecer un cotejo puntual de elementos textuales que reflejen o remitan a otros elementos contextuales. Acaso sería más productivo ver en qué medida la propia construcción de *La noche de Tlatelolco* incorpora aspectos fundamentales del proceso por el cual atravesó ese sujeto multitudinario que fue el Movimiento Estudiantil de 1968, así como del escenario -la ciudad moderna- en el cual se desarrolló el Movimiento.

El Movimiento surge en julio de 1968, a raíz de un choque entre la policía y dos grupos estudiantiles. Esto lleva a los/las estudiantes a declarar una huelga a fines de ese mismo mes. El Movimiento representa un señalamiento de la falta de democracia del Estado mexicano (Aguilar Camín y Meyer, 222). A la vez, se ha visto como el desafío más grande que recibió el llamado "milagro mexicano" de la industrialización: representa una impugnación de la retórica estatal mediante la cual se intentaba representar el proceso de modernización como una especie de utopía industrial. A lo largo de los años cuarenta y cincuenta, la capital mexicana había duplicado su población, y para muchos sectores ese crecimiento se asociaba con la posibilidad de conseguir empleo (Davis, 2). Sin embargo, a pesar de que la Ciudad de México ofrecía una serie de ventajas a quienes emigraban del campo, las ventajas disminuían por las desigualdades económicas que imperaban en la ciudad (Kandell, 506). Esa ilusión de estabilidad económica ya comienza a dar señales de crisis en los últimos años de la década del sesenta, y se encuentra en plena crisis a fines de la década del setenta. A esas alturas, habían descendido considerablemente la inversión y la productividad (Davis, 2).

En 1968, el Estado mexicano se proponía exhibir los su-

puestos logros de su “milagroso” plan de desarrollo económico durante las Olimpiadas que estaban pautadas para celebrarse en la Ciudad de México del 12 al 27 de octubre. El estudiantado urbano, que provenía en gran parte de los sectores medios creados por el proceso de modernización, dramatiza, en sus reclamos, el hecho de que no todo es utópico en la sociedad mexicana. La noche de Tlatelolco trabaja también a partir del enfrentamiento del Movimiento Estudiantil al Estado: se hace eco de ese conflicto que se desarrolló en la capital mexicana.

El carácter urbano y masivo del Movimiento se hace evidente si se recuerda la población estudiantil que estaba vinculada a las dos instituciones universitarias más importantes de la Ciudad de México a la altura de 1968. La Universidad Nacional Autónoma de México era la institución que contaba con una mayor población estudiantil: en ella estaban matriculados alrededor de 80.000 estudiantes. El Instituto Politécnico Nacional contaba con alrededor de 50.000 alumnos. Se ha calculado que unos 200.000 estudiantes de distintas instituciones educativas participaron en el Movimiento (Ramírez, 23). La población estudiantil estaba afiliada a distintas posiciones e ideologías políticas. El centro más amplio -la UNAM- contaba con representación de diversas tendencias políticas. Un grupo de estudiantes apoyaba a distintas facciones del Partido Revolucionario Institucional, y usaba la universidad como trampolín para llegar a puestos importantes en el Partido. Otro grupo, el MURO (Movimiento Universitario de Renovadora Intención) correspondía al sector ultraderechista del PRI. Los grupos de izquierda representaban tendencias muy variadas: trotskistas, maoístas, leninistas, castristas (Stevens, 188). Entre los estudiantes de izquierda predominaba el alumnado de medicina, filosofía y literatura. En el plano más amplio, que no se limita a la UNAM, se observa que la composición ideológica y política del Movimiento fue fluida y variada. Abarcaba, según

Barry Carr (267), fuerzas del nacionalismo, el internacionalismo revolucionario, así como de las doctrinas liberal-democrática, marxista, anarquista y maoísta. Como se verá, esa fluidez ideológica se elabora de un modo preciso en el texto testimonial que arma y firma Poniatowska.

Las peticiones del Movimiento se resumen cabalmente en un pasaje de La noche de Tlatelolco firmado por el Consejo Nacional de Huelga (CNH), una coalición estudiantil que tenía representantes de cerca de 150 instituciones (Stevens, 218).⁴

El Consejo Nacional de Huelga convoca a todos los obreros, campesinos, maestros, estudiantes y pueblo en general a la

GRAN MARCHA DEL SILENCIO

En apoyo a los seis puntos de nuestro pliego petitorio:

1. Libertad a todos los presos políticos.
2. Derogación del artículo 145 del Código Penal Federal.
3. Desaparición del cuerpo de granaderos.
4. Destitución de los jefes policiacos Luis Cueto, Raúl Mendiola y A. Frías.
5. Indemnización a los familiares de todos los muertos y heridos desde el inicio del conflicto.
6. Deslindamiento de reponsabilidades de los funcionarios culpables de los hechos sangrientos (59).

Existe una petición recurrente que se añade a las expuestas, y que no figura aquí: el hecho de que el Estado dialogue pública y abiertamente con el Movimiento.

El Estado que había hecho alardes de hablar por todos

los mexicanos, se negaba a dialogar con un amplio sector de la población.

La masacre de Tlatelolco asestó un fuerte golpe al prestigio del partido gobernante... Amplios sectores de la población urbana, especialmente los jóvenes radicalizados, la intelligentsia y la burguesía, y algunos sectores importantes de la clase obrera, ya no aceptaban la pretensión del PRI de hablar en nombre de todas las clases de la sociedad mexicana. (Carr, 276)

Estos sectores -cuyas voces se inscriben, por cierto, en La noche de Tlatelolco- rechazan esa pretensión aglutinativa del Estado. El testimonio periodístico de Poniatowska integra esa desconfianza en su propia organización textual: del mismo modo que el PRI ya no va a ser el portavoz de la diversidad social, el texto de Poniatowska no se escribe desde una única voz adherente. A las insuficiencias del gobierno se suman -en la coyuntura posterior a la masacre de Tlatelolco, y ya en el ámbito de la representación literaria y periodística- las "limitaciones" del género del ensayo en el cual se solían presentar y debatir problemas políticos y culturales.⁵ Por eso, en ese momento posterior a 1968, se explica que se haya dado el salto cualitativo al otro género: al testimonio periodístico.

La noche de Tlatelolco se construye para recordar tanto la vitalidad y energía del Movimiento Estudiantil como la represión que lo silenció a partir del 2 de octubre de 1968. No es una casualidad que la segunda parte del texto, titulada igual que el libro, se abra con un texto de la escritora Rosario Castellanos, titulado "Memorial de Tlatelolco".

No hurgues en los archivos pues nada consta en
[actas.

Mas he ahí que toco una llaga: es mi memoria.
Duele, luego es verdad. Sangre con sangre
Y si la llamo mía traiciono a todos.

Recuerdo, recordemos.

Esta es nuestra manera de ayudar a que amanezca
Sobre tantas conciencias mancilladas,
Recuerdo, recordemos
Hasta que la justicia se siente entre nosotros.

Recordar mediante la escritura, tanto el dinamismo como la muerte y el encierro en que desembocó el Movimiento, es una de las operaciones que atraviesa La noche de Tlatelolco. La afinidad con el Movimiento es innegable. Sin embargo, la autora que firma el texto expresa esa proximidad de manera indirecta y tenue: las inscripciones de Elena Poniatowska en este texto son poco frecuentes, y están marcadas por las siglas de su nombre: "E.P". Gliemmo lee esta inscripción y representación de la autora como una manera de privilegiar a los sujetos que participaron en los acontecimientos históricos: "Son los otros, los testigos, los familiares, los sobrevivientes quienes están autorizados a hablar" (176). Esta especie de efecto de borradura no impide, sin embargo, advertir otras huellas de la presencia de la autora y recopiladora. La solidaridad de Poniatowska con el Movimiento se lee, por ejemplo, en el hecho de que el texto incorpora (en su construcción y su desarrollo o despliegue) los principios y las peticiones del Movimiento: traslada al plano de la organización buena parte de las peticiones estudiantiles. En particular, este testimonio periodístico toma la petición de diálogo público, la inscribe de manera insistente, y la convierte en uno de los principios organizadores del texto. ⁶ Gliemmo (178-179) liga el

montaje que prima en la obra con el deseo de diálogo de los estudiantes. La necesidad del diálogo público se destaca en un comunicado de prensa de agosto de 1968, firmado por varias instituciones:

A la mayor brevedad posible, el Gobierno de la República tiene la obligación de solucionar este problema y para ello debe fijar lugar, fecha y hora para iniciar las pláticas con la única condición de que sean públicas. (37)

El texto se arma a partir del diálogo tenso que entablan las declaraciones de una multiplicidad de personas entrevistadas que provienen, a su vez, de sectores muy diversos de la Ciudad de México. La mirada del lector o lectora pasa de una declaración a otra como quien recorre distintos lugares de una ciudad. Este diálogo textual es decididamente urbano: supone un ir y venir por distintos espacios físicos e ideológicos. De cierto modo, ese desplazamiento repite las marchas y grandes movilizaciones que lograron llevar los estudiantes al Zócalo, espacio "central" de la Ciudad de México, pero también central dentro de la vida política mexicana. Ahora bien, para que el texto represente o imite el diálogo anhelado por los/las estudiantes, tiene también que recoger las voces adversas al Movimiento. A pesar de que abundan las declaraciones de quienes participaron en el Movimiento, no están ausentes las opiniones de personas de distintas edades que se opusieron a él, y que representan un discurso conservador y autoritario cifrado en la fobia. Es el caso de Pedro Ramírez Artega, profesor de filosofía de la Universidad de Hermosillo.

La Universidad Nacional y el Instituto Politécnico crecen arrolladoramente. La población escolar en ambas instituciones sobrepasa ya -en términos rela-

tivos- los límites alcanzados en cualquier otra parte del mundo....Si no podemos encontrar pronto un buen camino, hay por lo menos algo que debemos afirmar con total honestidad: tragedias como la del 2 de octubre en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco vienen a engrosar la venda en los ojos y a ensangrentar la falta de esperanza. (24, subrayado mío)

A diferencia de lo que aquí se plantea, el Movimiento no encontró un camino, más bien se dio a la tarea de circular por la Ciudad de México, difundiendo sus planteamientos por distintos sectores de la geografía urbana. Esa difusión se llevó a cabo, en muchas ocasiones, sin la ayuda de la prensa ni de otros medios de comunicación masiva, ya que los medios eran, en gran medida, cómplices del Estado.

La difusión, entonces, se convirtió en una forma de marcar el espacio urbano. El Movimiento se sirvió de actividades teatrales como el happening, las pintadas o graffitti mediante los cuales propagaba su mensaje y marcaba la ciudad. Las marcas urbanas, por cierto, abundan en La noche de Tlatelolco. Las marchas y manifestaciones multitudinarias que llevó a cabo el Movimiento en los meses de julio, agosto y septiembre de 1968 obran a manera de marca móvil, y suponen una intervención en el espacio urbano. Las marchas vienen a ser una escritura contestataria, una espacialización de signos inscrita en y por la capital mexicana que el texto se ocupa de acoger. Ese carácter de marca urbana se transparenta en un relato posterior a la tercera manifestación.

Ya habíamos hecho una manifestación del sur hacia el centro, otra del norte hacia el centro. Ahora -en esta tercera manifestación- teníamos que llegar al corazón mismo de la vida del país: el Zócalo. Teníamos que entrar a una de las plazas más imponentes del mundo. ...y gritar bajo los balcones, ese balcón al que se asoma el presidente y se expone a la pública veneración sólo en fechas históricas....Por primera vez una multitud indignada, una multitud de ciudadanos conscientes de sus derechos, se hacía oír. (Luis González de Alba, del CNH, 32)

Además de suponer un cambio de signo de ese centro histórico y del poder que es el Zócalo, la marcha también efectúa una resemantización de la fobia a las multitudes que se inscribe en la ensayística de defensa de la alta cultura. En ese sentido, este texto se enfrenta a la lógica intersubjetiva que impera no sólo en el ensayo clásico de Samuel Ramos, sino también en *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz, así como en esos dos modelos de gran parte de la ensayística de esta índole: *Ariel* de José Enrique Rodó y *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset. Pero la marcha también constituye un ritual que está indisolublemente ligado a la modernización mexicana y al espacio de la ciudad. Francisco Cruces advierte ese vínculo al estudiar las manifestaciones de protesta.

...en ellas confluyen y se entrecruzan el carácter moderno de la esfera pública como terreno de formación discursiva de una voluntad política, la naturaleza estratégica y racionalizada del campo político y el aire marcadamente ritual de acciones y expresiones simbólicas con un anclaje inmediato en la vida cotidiana y la sensibilidad particular de cada movimiento. (Cruces, 28)

Además del Movimiento Estudiantil y la multitud urbana que sobre él opina, el texto también inscribe, en tanto sujeto, al Estado mexicano. A diferencia del diálogo que marca el Movimiento, el Estado-en tanto sujeto antagónico-se liga al monólogo autoritario: "Hace cincuenta años que el Estado monologa con el gobierno" (Roberto Escudero, delegado de la Facultad de Filosofía y Letras ante el CNH, 38). Si el Movimiento se dramatiza como un recorrido urbano a través del cual se inscriben signos contestatarios, el Estado se representa como un sujeto marcado por el encierro: por un lado, se asocia al hermético Palacio Nacional frente al cual desembocan las marchas y, por el otro, a las cárceles a las que se traslada a los estudiantes que sobreviven a la masacre del 2 de octubre.⁷ Se incluyen también en el texto algunas declaraciones de los representantes del Estado, entre los cuales se encuentra el Presidente Gustavo Díaz Ordaz y otros funcionarios. Como se sabe, el sexenio de Díaz Ordaz (1964-1970) representa hoy la intolerancia política, el autoritarismo y la arbitrariedad de la República presidencial en México (Córdova, 557). Añade este estudioso del Estado mexicano: "Su máxima era el orden sin alternativas, enemigo de cualquiera alteración" (557).

De cierto modo, en La noche de Tlatelolco se ha invertido la lógica de los textos de defensa de la alta cultura. Desde el Ariel de Rodó hasta El laberinto de la soledad de Paz, el interior -ya sea la sala de estudio o la ciudad representada como laberinto del intelectual- figura como un espacio "protector" frente a la amenaza de la multitud o de la mirada del otro en la ciudad moderna. En el testimonio periodístico que organizó Poniatowska, el interior ha pasado a ser un espacio que genera frustración y aísla. Así lo ve una de las estudiantes más destacadas del Movimiento: Roberta Avendaño Martínez, Tita, delegada de la Facultad de Leyes ante el CNH: "La cárcel aísla en el sentido

de que se pierde mucho a la gente de fuera. De mis amigos, ya muchos se casaron, se fueron a su tierra....La gente se ha perdido de vista" (151).

El encierro, por supuesto, le pone un freno al Movimiento Estudiantil. La transición del Movimiento a su posterior represión se representa en el texto mediante dos tropos que se asocian con los/las estudiantes. En la apertura –titulada, significativamente, "Ganar la calle"-se hace énfasis en los pasos del estudiantado: "Son muchos . Vienen a pie. Vienen riendo" (13). Un énfasis semejante se lee al presentar la marcha silenciosa del 13 de septiembre:

Todo el Paseo de la Reforma, banquetas, camellones, monumentos y hasta los árboles estaban cubiertos por una multitud que a lo largo de cien metros duplicaba el contingente inicial. Y de aquellas decenas y después cientos de miles sólo se oían los pasos...Pasos, pasos sobre el asfalto, pasos, el ruido de muchos pies que marchan, el ruido de miles de pies que avanzan. (Luis González de Alba, del CNH, 60)

La contrapartida de estos pasos se encuentra en la segunda parte, cuando se recuerda y se representa la masacre: los pasos se convierten en "zapatos tirados" (200). Se subraya la dimensión trágica de esta transformación:

...quizá la visión más sobrecogedora fue la de numerosos zapatos ensangrentados que se desparramaban en el área, como mudos testigos de la desaparición de sus dueños. (José Luis Mejías: "Mitin Trágico", Diario de la Tarde, México, 5 de octubre de 1968, 201)

Por otro lado, La noche de Tlatelolco se abstiene de representar el Movimiento como un bloque homogéneo en el cual existe una uniformidad de opiniones. No son pocos los momentos en que afloran las discrepancias que se produjeron entre los distintos grupos, como, por ejemplo, la que separaba a los "brigadistas" ⁸ de los "teóricos" (35). Aparecen también las tensiones que surgen entre el estudiantado por vestigios de una concepción retrógrada de la economía de género. Es el caso de Eduardo Valle Espinosa, miembro del CNH, que reconoce posteriormente el error cometido en un discurso pronunciado en una manifestación: "No lloremos como mujeres lo que no supimos defender como hombres" (93-94).

Esto nos lleva a explorar otro aspecto en el cual La noche de Tlatelolco traspone los límites del ensayo culturalista mexicano: el componente de género. El ensayo culturalista, a menudo leído como una exploración de la identidad nacional, puede verse también como una práctica significativa en la cual se construye una versión de la masculinidad desde el terreno del debate cultural. El ensayo de Samuel Ramos de 1934 excluye y silencia a las mujeres. El laberinto de la soledad, en cambio, es más complejo. Se compone, a grandes rasgos, de dos zonas: una dedicada a los mitos mexicanos y otra, a la historia cultural de ese país. En ambas zonas se incluyen algunas figuras femeninas de importancia, tales como La Malinche y Sor Juana Inés de la Cruz. La inclusión, no supone, sin embargo, que se lleve a cabo una representación que destaque la complejidad de esas figuras. Tal como figura en este ensayo, La Malinche es sinónimo de traición: es la madre mítica de los mexicanos que entrega el país al conquistador español. Esta figura da pie a una disquisición acerca de la "abierta" anatomía femenina frente a una cerrazón o presunto hermetismo del hombre mexicano.

En *El laberinto de la soledad*, los ensayos dedicados a la historia mexicana se centran en el protagonismo de los intelectuales. Esta reconstrucción del pasado mexicano le plantea a Paz un problema, ya que, en el período colonial, no puede obviar la figura de Sor Juana Inés de la Cruz. Su representación de esta monja y escritora resulta, de cierto modo, inquietante: la transforma en un intelectual, la masculiniza. Antes de llamarla “un intelectual, una conciencia” (Paz, 102), el sujeto textual de Paz señala que la curiosidad de Sor Juana no es la del hombre de ciencia, sino más bien la del hombre culto que desea o aspira a integrar todas las particularidades del conocimiento en una visión coherente. La masculinización delata el componente de género que es fundamental en esta construcción o representación de los intelectuales. Escribir historia intelectual coincide aquí con los distintos modos en que se ha construido la masculinidad en México. A diferencia de lo que han destacado lectoras recientes (Ludmer, Martínez San Miguel), el sujeto intelectual de *El laberinto de la soledad* no parece interesarse por el lugar que ocupó Sor Juana en tanto mujer (intelectual) en la época colonial. La masculinización de Sor Juana desencadena un linaje o genealogía constituida, curiosamente, por hombres intelectuales. Al ser un intelectual, Sor Juana se convierte, de manera paradójica, en uno de los “padres fundadores” de una homosociedad intelectual.

A diferencia de lo que sucede en la novela testimonial *Hasta no verte Jesús mío*, el componente de género en *La noche de Tlatelolco* es menos evidente, aunque no deja de estar presente. Esto, en parte, se debe a que ese elemento no figura entre las peticiones estudiantiles a partir de las cuales se estructura este testimonio periodístico. Por otro lado, este texto se arma en los momentos en que, según Marta Lamas (143), se inicia un resurgimiento del movimiento feminista en México: a principios de los años setenta. No es hasta 1976 que se consolida una cara pública

del movimiento con la Coalición de Mujeres Feministas. A partir de ese año, surge la revista *fem*, en la cual Poniatowska ocupa un lugar destacado. Sin embargo, se puede leer el género si se estudia la inscripción del sujeto textual -que, como se vio, figura con las iniciales E.P.- y si se tienen en cuenta las operaciones que lleva a cabo. Ya se vio que ese sujeto inscribe, edita y combina una pluralidad de voces (entrevistadas) que le otorgan a este texto testimonial un dialogismo singular. A esto habría que añadir que ese sujeto se desplaza entre los espacios abiertos de la ciudad y las cárceles para hacer entrevistas y recoger una serie de testimonios en los cuales se impugnan los procedimientos represores del Estado mexicano. Lo "privado" pasa aquí a ser público, en la medida en que la periodista es un enlace entre ambas esferas: "La entrevista es la más pública de las conversaciones privadas" (Halperín, 13). Dicho de otro modo: con anterioridad a su constitución en sujeto textual (E.P.), el sujeto biográfico se traslada al ámbito de la esfera pública y, concretamente, al debate político: zona anteriormente vedada a muchas mujeres latinoamericanas.⁹ Con todo, ese desplazamiento apunta también al espacio de la ciudad moderna y a la posibilidad de un mayor movimiento que adquieren los sujetos que por ella transitan. Aquí, una vez más, haría falta trascender el paradigma formalista de los estudios literarios que suele prohibir toda mención de quien firma el libro. Si bien la inscripción de la autora como "E.P." relativiza la presencia autorial, de modo alguno la elimina. Es una voz más que interviene en el amplio diálogo, sin duda político, que es el texto. Para llevar a cabo ese diálogo político y urbano con mayor eficacia, la autora necesita pasar a otro género y construir otro tipo de sujeto textual. A la transgresión de los límites del género ensayístico, se suma la movilidad urbana de un sujeto femenino que arma un texto cuyo componente literario alterna con el debate político y el carácter anti-estatal.

Este texto también inscribe el género en la medida en que incluye con cierta frecuencia los testimonios de las mujeres que formaron parte del Movimiento.¹⁰ Frente a la ceguera ante la presencia femenina en la sociedad y la cultura o la representación reductora del género femenino que atraviesa los clásicos de la ensayística cultural, este testimonio periodístico inscribe una clara presencia de los sujetos femeninos, y contiene elementos que desarrollará el movimiento feminista posterior. En uno de los testimonios de Carolina Hernández Cicero se recoge una aseveración que incorporará y transformará el movimiento feminista mexicano pocos años después:

El saldo del Movimiento, con todo y los muertos, la barbarie y el terror, es positivo porque la gente ha empezado a vivir sabiendo que TODO es político, y, aunque las condiciones no permiten una actividad política abierta, hay muchos que trabajan. (93)

No distan demasiado estos planteamientos de las observaciones que hace Lamas (143) al destacar que el movimiento feminista mexicano llevó la política a la vida cotidiana, al mostrar los nexos entre las relaciones interpersonales y la estructura económica y política de la sociedad.

Texto desafiante por su manera peculiar de incorporar y dialogar con la historia del México contemporáneo, *La noche de Tlatelolco* nos lleva a reflexionar sobre los cambios que se han producido en la literatura latinoamericana reciente, y en particular sobre las transformaciones generadas a raíz del crecimiento de las ciudades modernas. La explosión urbana parecería haber repercutido en el seno mismo de la noción de la literatura ampliándola y reconstituyéndola.

Notas

1. La noche de Tlatelolco (1989) [1971]. México: Ediciones Era. Toda cita posterior remite a esta edición y se coloca en el texto con el número de página entre paréntesis.
2. Arfuch destaca también la complejidad discursiva de este género: "...aunque ligada a las prácticas de la conversación cotidiana, [la entrevista] se aleja sin embargo de ellas por su grado de institucionalización, por su intencionalidad, por su articulación al espacio público y a la función periodística, por la notoriedad o el estatus de sus protagonistas, pero además, por el tipo de competencias exigidas en el rol del entrevistador" (49).
3. Como se sabe, ese testimonio personal puede representar a una comunidad, como es el caso de Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia, o puede ser una alegoría (delirante) del estado de un país, como en El padre mío de Diamela Eltit.
4. Según Ramírez, la dirección del Movimiento la "formaban 210 alumnos, tres por escuela o Facultad-en total 70-, democráticamente elegidos en asambleas..." (24).
5. Sin embargo, conviene aclarar que esta "limitación" del género del ensayo no significa que la ensayística cultural mexicana o latinoamericana esté necesariamente "aliada" al poder estatal. De hecho, en muchos casos, en el momento de su publicación, el ensayo se convierte en el espacio desde el cual se critican las estrategias del Estado. El ensayo puede ser un espacio de disidencia del sector de los intelectuales. Y así lo es, en parte, en los casos de la ensayística de Samuel Ramos y del Octavio Paz de El laberinto de la soledad hasta Posdata.
6. La noche de Tlatelolco coincide con algunas observaciones de Eduardo Grüner sobre la estrategia indirecta que emplea la artista egipcia Jamelie Hassan: "Un arte basado en la estrategia indirecta, y que pretende crear una política de la memoria...no declama, no pontifica, no explica, no ilustra, no demuestra; se limita -como debería hacer, ..., cualquier propuesta estética que tuviera también una política- a mostrar lo que cualquiera está en condiciones de ver, pero solicitando un pensamiento, una reflexión activa que complete -más aún que construya- el sentido ambiguo del texto..." (58) , "Recuerdo de un futuro (en ruinas)", en Marcelo Percia.
7. En este testimonio periodístico obra la lógica del enfrentamiento: chocan un "nosotros" (el Movimiento Estudiantil en alianza textual con E.P.) y un "ellos" (los representantes y defensores del Estado)
8. Los brigadistas eran grupos de ocho a quince estudiantes que iban a fábricas

y arrabales. Hablaban con la población de la ciudad, contestaban preguntas y repartían volantes. La labor de las brigadas abarcaba una amplia gama de puntos de la Ciudad de México: "...camiones [autobuses], entradas de cines, plazas, terminales de camiones, mercados, puertas de las iglesias y otros centros de reunión o trabajo" (Ramírez, 26).

9. Históricamente, el periodismo ha sido una de las vías de acceso que han utilizado las mujeres latinoamericanas hacia la esfera pública y el debate político. Cabe recordar la valiosa labor periodística que realizó Alfonsina Storni, desde 1920, en el diario *La Nación* de Buenos Aires: primeramente usando el seudónimo de Lao Tao y, más tarde, firmando los artículos con su propio nombre. Ver, al respecto, el libro que recopilan Méndez, Queirolo y Salomone.
10. Se destacan, por su recurrencia e intervenciones, la actriz Margarita Isabel, la estudiante Carolina Hernández Cicero de Filosofía y Letras de la UNAM, así como las dirigentes estudiantiles Roberta Avendaño Martínez, Tita, representante de la Facultad de Leyes ante el CNH, y Ana Ignacia Rodríguez, Nacha, del Comité de Lucha de la Facultad de Leyes de la UNAM.

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor y Lorenzo Meyer (1997). *A la sombra de la Revolución Mexicana. Un ensayo de historia contemporánea de México 1910-1989*. México: Cal y Arena.
- Arfuch, Leonor (1995). *La entrevista, una invención dialógica*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Carr, Barry (1996). *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. Traductora: Paloma Villegas. México: Ediciones Era.
- Córdova, Arnaldo (1990). "La concepción del estado en México y el presidencialismo". Pablo González Casanova (coordinador), *El Estado en América Latina. Teoría y práctica*. México: Siglo XXI y Universidad

de las Naciones Unidas, 542-565.

- Cruces, Francisco (1998). "El ritual de la protesta en las marchas urbanas". Néstor García Canclini (coordinador), *Cultura y comunicación en la Ciudad de México (Segunda parte. La ciudad y los ciudadanos imaginados por los medios)*. México: Universidad Autónoma Metropolitana y Editorial Grijalbo, 27-83.
- Davis, Diane E. (1994). *Urban Leviathan. Mexico City in the Twentieth Century*. Filadelfia: Temple University Press.
- De Fontcuberta, Mar (1996). *La noticia. Pistas para percibir el mundo*. Barcelona: Paidós.
- Easthope, Antony (1991). *Literary into Cultural Studies*. Londres y Nueva York: Routledge.
- Gliemmo, Graciela (1996). "Ruptura literaria y ruptura histórica: La noche de Tlatelolco de Elena Poniatowska". Gonzalo Aguilar (compilador), *Informes para una academia. La crítica de la ruptura en la literatura latinoamericana*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, Universidad de Buenos Aires, 171-186.
- Grüner, Eduardo (1998). "Recuerdo de un futuro (en ruinas)". Marcelo Percia, (compilador), *Ensayo y subjetividad*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 45-63.
- Halperín, Jorge (1995). *La entrevista periodística. Intimidaciones de la conversación pública*. Buenos Aires y Barcelona: Paidós.
- Kandell, Jonathan. (1988). *La Capital. The Biography of Mexico City*. Nueva York: Random House.
- Lamas, Marta (1994). "Algunas características del movimiento feminista en Ciudad de México". Magdalena León (compiladora), *Mujeres y participación política. Avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 143-165.
- Ludmer, Josefina (1984). "Tretas del débil". Patricia Elena González y Eliana Ortega (recopiladoras), *La sartén por el mango*. Encuentro de

escritoras latinoamericanas. Río Piedras, Puerto Rico: Ediciones Huracán, 47-54.

Martínez San Miguel, Yolanda (1994). "Engendrando el sujeto femenino del saber o las estrategias para la construcción de una conciencia epistemológica colonial en Sor Juana". *Revista de crítica literaria latinoamericana*, Año XX, No. 40: 259-280, Lima-Berkeley.

Méndez, Mariela; Queirolo, Graciela y Alicia Salomone (compiladoras y prologuistas) (1998). *Nosotras...y la piel*. Selección de ensayos de Alfonsina Storni. Buenos Aires: Alfaguara.

Paz, Octavio (1972) [1950]. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Percia, Marcelo (compilador). (1998). *Ensayo y subjetividad*. Bs. As.: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Ramírez, Ramón (1969). *El movimiento estudiantil de México*. Julio-diciembre de 1968. México: Era.

Stevens, Emily P (1974). *Protest and Response in Mexico*. Cambridge: The MIT Press.